

Medio	Revista Mensaje
Fecha	8-11-2013
Mención	Chile: Cambios en la Geografía Moral. Artículo de Sebastián Kaufmann Salinas, académico del Departamento de Filosofía de la UAH



Sebastián Kaufmann Salinas
Académico del Departamento de Filosofía,
Universidad Alberto Hurtado

Hemos comenzado finalmente a hacernos preguntas éticas fundamentales: ¿qué sociedad queremos construir?, ¿qué tipo de convivencia nos queremos dar?, ¿qué valores serán los determinantes...? Y nos damos cuenta de que muchos de los "consensos" no son más que opciones que bien pueden cambiarse.

Pese a la apariencia, en materia de la interpretación de nuestra historia y discusión sobre los valores nacionales no nos movemos en el puro desacuerdo. Las sociedades van progresivamente encontrando consensos sobre lo bueno y lo malo. Paulatinamente, se van consolidando lo que quisiera llamar “fronteras morales”. Así como existen fronteras geográficas, existen fronteras morales que definen los límites de lo permitido, lo prohibido, lo demandado y lo sugerido, lo valioso y lo oprobioso, si bien siempre dentro del conflicto de interpretaciones las comunidades humanas van logrando ciertos consensos normativos. ¿Qué fijan las fronteras morales? Los seres humanos las establecemos, y así como las fronteras muchas veces siguen ciertos accidentes geográficos tales como ríos, montañas, océanos, existen ciertos eventos políticos que ayudan a fijar las fronteras morales de un país. Pero al igual que las fronteras geográficas, las fronteras morales no son estáticas.

Los últimos cuarenta años han sido un notable ejemplo del desplazamiento de las fronteras morales. Así fuimos pasando de la negación de las violaciones a los dere-

chos humanos (los “presuntos desaparecidos”, como hablaba un prestigioso diario de circulación nacional) a su justificación (“no eran blancas palomas”, le gustaba decir a un importante sector vinculado a la dictadura), para luego a su condena más o menos unánime, aunque siempre intentando relativizarla (“la historia de Chile no comienza en 1973”, escuchábamos).

Pero el último septiembre, aquel en que celebramos los cuarenta años del golpe, parece haber producido un terremoto moral que modificó en muy poco tiempo lo que usualmente se modifica en muchos años. El “enjambre sísmico”, aquella seguidilla de eventos de magnitud menor que anticipa un gran movimiento telúrico, lo produjo el inusitado interés que suscitó el recuerdo de esa fecha. Numerosos programas de televisión, abundantes publicaciones, seminarios, coloquios, debates, hicieron que volviéramos nuestra mirada a nuestro pasado de una manera que hubiera sido difícil de prever cuando celebramos los treinta años del mismo evento.

UN PAÍS QUE CAMBIÓ

Es que en diez años cambió la geografía moral del país. De pronto nos encontramos con una juventud extraordinariamente politizada. Los que alguna vez pensaron que la política era un asunto que sólo interesaba a “los viejos” y que iba a ser progresivamente reemplazada por un cierto consenso de fin de la historia (a lo “Fukuyama”), donde la democracia liberal y el capitalismo ya habían dicho la última palabra y solo nos quedaba contemplar la profundización de esas dos tendencias, se equivocaron rotundamente. Apareció “el malestar”, es decir, esa paradoja de un país que, pese a que crece y progresa, experimenta una fuerte molestia y frustración. Los jóvenes salieron a las calles y de a poco fueron impregnando la agenda de los políticos, e “izquierdizando” las propuestas de todos los sectores.

Comenzamos a hablar de lo “público” sin ruborizarnos y descubrimos que las modernizaciones a las que el país había

sido expuesto en las últimas décadas tenían muchas sombras, que no habíamos visto o no habíamos querido ver. Quizás la principal lucidez que obtuvimos fue caer en la cuenta de que hemos estado viviendo en un régimen político que ha inhibido la expresión de las mayorías en forma considerable y en un régimen eco-

nómico que, si bien ha traído bienestar, ha sido diseñado para segregar y para otorgar bienes y servicios de primera y de segunda, al entregar mayormente al mercado la provisión de los bienes sociales de importancia.

El principal efecto que han tenido los últimos años marcados por movimientos sociales es una repolitización del país. Si la política tiene que ver con la constitución de un sujeto colectivo que se experimenta como actor, estos años han sido años de intensa politización, en la medida en que nos han permitido volver a sentirnos colectivamente autores de nuestra historia. El transcurrir político ha dejado de ser un destino que tenemos que experimentar pasivamente para pasar a ser algo que tenemos que construir por nosotros mismos. Entonces, preguntas éticas fundamentales tales como qué sociedad queremos construir, qué tipo de convivencia nos queremos dar, qué valores serán los determinantes, pasan a ocupar un lugar central. El modelo político y económico que habíamos naturalizado como lo más razonable, como lo obvio, comienza a ser objeto de escrutinio y nos damos cuenta de que otros futuros son posibles y que muchos de los “consensos” no son más que opciones que bien pueden cambiarse.

DESPLAZAMIENTOS MORALES

Si en septiembre experimentamos un terremoto que cambió las fronteras morales del país, como todo gran sismo fue precedido por un movimiento de capas y de una gran energía acumulada que finalmente se cristalizó. ¿Qué desplazamientos morales produjo este terremoto de septiembre? Quisiera proponer al menos cuatro:

1. La condena irrestricta y unánime de las violaciones a los derechos humanos: Las fronteras morales del país se han desplazado hasta un punto donde unánimemente estas son rechazadas. Como todo consenso normativo social, existen algunos miembros del cuerpo que no se adhieren a tal consenso. Pero, con el desplazamiento de las fronteras, esas personas o grupos experimentan un creciente aislamiento y marginación. Aquellas posturas que alguna vez fueron parte de la “historia oficial” hoy aparecen en los extramuros de nuestra sociedad. Se vuelven posturas extranjeras en el sentido literal de la palabra: extrañas. La entrevista a Manuel Contreras es un buen botón de muestra. Incluso los más cercanos partidarios del régimen de Pinochet expresaron su rechazo a las posturas del general y llevó a que un Presidente de la República de derecha revirtiera los beneficios que la izquierda le había otorgado a un grupo de militares condenados por la justicia.

2. La conciencia de la brutalidad y arbitrariedad de la dictadura: por mucho tiempo existió el relato de que la dictadura de Pinochet había sido en parte una excepción a otras brutales dictaduras. El mismo Pinochet gustaba de autocalificar su régimen de “dictablanda”. El saldo de las violaciones a los derechos humanos no parecía tan abultado como el de otros regímenes. Se valoraba que el poder hubiera sido entregado pacíficamente por un itinerario fijado por el mismo régimen y que se haya tolerado una oposición a partir de la década del ochenta. El último septiembre, en parte ayudados por las imágenes de la televisión, nos ayudó a terminar de tomar conciencia de que la dictadura de Pinochet fue simplemente brutal y alcanzó

niveles de crueldad que se asemejan a las dictaduras más tiránicas que conoció el siglo XX. Así, el mito de la excepcionalidad chilena en materia de dictadura, que ya se había comenzado a derrumbar cuando se descubrieron las millonarias cuentas bancarias de Pinochet en el exterior, se termina de caer al destruirse otros mitos, como el de la entrega pacífica del poder (que hoy sabemos que fue por presión dentro del mismo régimen y en contra de la voluntad del dictador). Incluso el mito de la inevitabilidad del golpe y del sacrificio de las Fuerzas Armadas por el bien de Chile se cae cuando constatamos que lo ocurrido ese 11 de septiembre fue parte de una maniobra política de alcances revolucionarios. El bombardeo a La Moneda, completamente innecesario desde el punto de vista militar, habla por sí solo de las motivaciones de los golpistas. El golpe no fue fruto de un callejón sin salida, sino del oportunismo y de una voluntad política clara de hacer una revolución de derecha perdurable, cuyos efectos aún los experimentamos en aquello que el abogado Fernando Atria ha resumido como "la Constitución tramposa".

3. Cómplices pasivos, la hora de los civiles: el presidente Sebastián Piñera, sin duda, fue un actor importante en el último septiembre. Particularmente relevante fue la descripción que hizo de la responsabilidad moral de algunos civiles al llamarlos "cómplices pasivos", por no haber realizado todo lo que estaba en sus manos para impedir los abusos y atrocidades, por haber "mirado para el lado" o colaborado en el régimen sin cuestionar lo que estaba sucediendo. Más allá de los esfuerzos que el Presidente hizo posteriormente por suavizar sus dichos para calmar la furia de su sector, el concepto quedó lanzado con una importancia doble: fue dicho por el Presidente de la República en un momento

simbólico y, más importante aún, por un Presidente que representa al sector que tiene entre algunos de sus más conspicuos miembros, precisamente, a personas que podrían caer en la categoría de cómplices pasivos. Con esto se desplaza la mirada, desde la condena a algunos militares y a los violadores de los derechos humanos, a también a aquellos civiles que instigaron, colaboraron y disfrutaron del régimen. Así, de pronto comenzamos a hablar de la dictadura cívico-militar, término más fiel con lo que efectivamente sucedió, y le comenzamos a exigir a los civiles que se hagan cargo de su responsabilidad.

4. La discusión moral sobre el golpe: una vez que parece conquistado definitivamente el terreno que nos permite condenar sin vacilaciones las violaciones a los derechos humanos, la discusión se desplaza al golpe mismo y su justificación moral. Las declaraciones de la Corte Suprema, del Congreso y de otros actores, llamando la atención sobre ilegalidades en el régimen de Allende, no parecen convencernos tan fácilmente de la necesidad del golpe de Estado. La teoría del empate y de la distribución moral de las responsabilidades ("todos somos responsables del clima político que llevó al golpe") parece insostenible. El golpe de Estado fue un quiebre de la institucionalidad, urdido y planificado fríamente, que permitió que un sector del país (minoritario) impusiera su agenda política y económica hasta el día de hoy. Por lo mismo, la discusión sobre la responsabilidad moral sobre el golpe es justa y necesaria. No se pueden equiparar las responsabilidades de, por ejemplo, el Partido Socialista, que en uno de sus congresos validó la vía armada, con la de un grupo que toma el poder por diecisiete años con gravísimas violaciones a los derechos humanos, y torciendo la voluntad democrática en forma perdurable.

EXTRANJEROS MORALES

Los desplazamientos morales producen que, de pronto, quienes se sentían en la propia tierra se sienten como extranjeros. Es la desazón que a veces experimenta la "familia militar" o grupos de ex oficiales. Son personas que, súbitamente, no se reconocen en su país, pues las gramáticas morales han cambiado de tal manera que no pueden comprender los nuevos idiomas y sus propios lenguajes se vuelven extraños para la mayoría. No estamos en condiciones de juzgar la conciencia de aquellos que actuaron en otras circunstancias y que hoy experimentan el repudio nacional. Los cambios en los consensos normativos dejan perdedores y ganadores. El tiempo transcurrido va separando las aguas. El juicio de la historia permite que algunos personajes denostados crezcan de estatura, al mismo tiempo que va hundiendo en la ignominia a otros.

Los consensos normativos no necesariamente son justos. Es posible que sociedades enteras se vuelquen en derroteros morales equivocados (como sucedió en la Alemania nazi), pero en general los juicios de largo plazo, como el que se va produciendo en Chile a cuarenta años del golpe, parecen ir cristalizando las mejores convicciones morales de una sociedad.

MÁS QUE RECONCILIACIÓN: RECUPERACIÓN DE LOS ACUERDOS NORMATIVOS

Por mucho tiempo se habló de la reconciliación. Hoy la sociedad chilena, especialmente en sus bases, parece reconciliada. La mayoría de nosotros tenemos amigos con distintas posturas políticas y no nos sentimos divididos por ellas. La clase política es capaz de trabajar junta sin que el pasado establezca un muro infranqueable.

Por lo mismo, la discusión moral que tuvimos en forma intensa en septiembre, y que probablemente seguiremos teniendo en los meses venideros, más que estar orientada a la reconciliación me parece que debe dirigirse hacia la

reconstrucción de nuestros consensos normativos fundamentales. Las sociedades tienen disenso, lo que es saludable, pero necesitan tener acuerdos mínimos que asienten confianzas y permitan construir un futuro común. Las crisis institucionales de la magnitud que experimentamos tienen como consecuencia un quiebre fundamental del consenso normativo. ¿Si a mi compatriota le pareció bien imponer su voluntad contra la voluntad mayoritaria, qué me garantiza que no lo vuelva a hacer? ¿Si un grupo estuvo dispuesto a apoyar la vía armada, qué garantías tengo de que aquello no se repita? ¿Si un grupo de civiles estuvo dispuesto a colaborar con entusiasmo con un régimen que torturaba y mataba a los míos, cómo puedo volver a confiar en ellos? La única manera de responder a estas preguntas es a través de una refundación de nuestros acuerdos normativos. Ese es el valor de los "nunca más" y de las peticiones de perdón. Más allá de la sinceridad de las expresiones y del uso abusivo de una institución de índole más bien personal que política, me parece que tienen el valor de ir fortaleciendo un nuevo consenso normativo que nos permita tener un futuro común.

REPATRIAR A LOS EXTRANJEROS

El peligro que se produce cuando se desplazan las fronteras morales es que un grupo de conciudadanos se van

sintiendo crecientemente alienados en su propio país. Un país saludable debe siempre estar dispuesto a acoger a aquellos que, por uno u otro motivo, comienzan a sentirse extraños en su propia tierra por un cambio en las convicciones dominantes. Pero la manera para que ello sea posible no puede ser el relativizar las propias fronteras morales, pues ellas constituyen la comunidad política, como bien lo afirma Aristóteles. Más bien, se trata de que sean fronteras amigables, es decir, que puedan ser traspasadas por todo aquel que está dispuesto a sumarse a esos nuevos consensos. Las "conversiones morales" no solo deben ser acogidas, sino alentadas.

Así, parece saludable que la conciencia moral de Chile vaya evolucionando. Ello significa que muchos actores van cambiando sus posturas. Es verdad que a veces puede estar motivado por oportunismo político (hoy aparecen muchos votantes por el "No" e incluso insospechadas víctimas de la tortura). Pero más importante es ser capaz de acoger a todos aquellos que quieran ayudar a fortalecer los nuevos consensos normativos. Quienes por diversas circunstancias han tenido la fortuna de haber apoyado posturas políticas sobre el pasado reciente de Chile que finalmente se han ido imponiendo, no deben actuar con soberbia y pasar constantemente viejas facturas a aquellos que sostuvieron posturas hoy muy desprestigiadas.

Muchas razones existen para que al-

guien haya tomado determinadas posiciones. Pero esas razones, de índole más bien psicológica o sociológica, no deben usarse como excusa para haber abrazado posturas morales que hoy aparecen como inaceptables. El juicio moral no debe relativizarse por las circunstancias personales. Cualquier adulto que ha actuado en la plenitud de sus facultades debe ser capaz de dar cuenta de sus actos, aunque esos actos hayan sido influidos por una atmósfera moral desfigurada. De lo contrario, tendremos que excusar a los criminales de la Alemania nazi y a tantos otros, con lo cual no habría progreso moral. El que algunos de buena fe hayan adoptado actitudes morales repudiadas no los libra del juicio moral. Aquello tiene que ver con la tragedia de la historia. Pero precisamente porque la historia tiene algo de trágico debemos tener la capacidad de acoger de buena gana a quienes, después de haber reflexionado, se dan cuenta de que han tomado actitudes morales equivocadas. Esa acogida, no excluye, sino supone, la justicia y la verdad. **MSJ**

Comenzamos a hablar de lo “público” sin ruborizarnos y descubrimos que las modernizaciones a las que el país había sido expuesto en las últimas décadas tenían muchas sombras que no habíamos visto o no habíamos querido ver.

Si la política tiene que ver con la constitución de un sujeto colectivo que se experimenta como actor, los últimos años han sido años de politización, en la medida en que nos han permitido volver a sentirnos colectivamente autores de nuestra historia.

Parece saludable que la conciencia moral de Chile vaya evolucionando. Ello significa que muchos actores van cambiando sus posturas.
